

PÓSITS

Isabel García Viñau

Me enamoré de él. De ese compañero peculiar de la facultad que nunca tenía tiempo para charlar en el Campus Universitario de Rabanales y, a la salida, enseguida se perdía de mi vista. Siempre iba deprisa. Era introvertido y a veces llegaba a clase con el sobrecejo caído, con los ojos cansados y enrojecidos, con la sonrisa totalmente borrada, con cara de falta de horas de sueño...

Era búlgaro y se llamaba Miroslav, nombre que significa paz y gloria. Sin embargo, su manifestación nunca era de paz ni de gloria sino más bien de llevar un avispero en la cabeza porque abría los libros, los cerraba, los hojeaba, subrayaba un tema que todavía no había sido explicado, miraba despistado hacia la pizarra, cogía apuntes cuando el profesor estaba callado, se rascaba la cabeza en actitud pensativa... y escribía pósits. Lo de escribir en los pequeños adhesivos era frecuente. Pero a pesar de todo, era intuitivo y trabajador y aprobaba todas las asignaturas.

Muchos compañeros comentaban que Miroslav era drogodependiente, por sus ojos enrojecidos y porque parecía tener síndromes de abstinencia. Pero yo pensaba que algo diferente le ocurría y que sus pensamientos eran agitados por aires muy distintos de los propios de los universitarios. Mas ¿qué le ocurría? ¿Acaso yo tenía alguna posibilidad de ser capaz de destapar al menos una pequeña parte de su mundo? Así es que pensé que la única opción a mi alcance sería ir descubriendo el porqué de su sobrecejo caído, de sus ojos abotargados y enrojecidos, y de otras muy variadas y repetidas manifestaciones.

Era difícil establecer un diálogo con él. Sí, sumamente difícil. Tan complicado como esperar que unas nubes vaporosas y blancas suelten trombas de lluvia o cubrir todo el azul del cielo con una mano. Pero debía intentarlo. Para ello, tuve varias ideas. Al final opté por comprarme una peluca de melena larga y negra (puesto que yo era rubia y de pelo corto) para perseguirlo y no ser reconocida. Porque ¿adónde se dirigía con celeridad al acabar la última clase? Iba deprisa como el vuelo de los pájaros aviones tras la caza de los mosquitos tiernos de la primavera.

En la jornada siguiente, con mi peluca en el interior del bolso por si ese día era el elegido para perseguirlo, lo observé sin perder detalle. De vez en cuando daba cabezazos de forma repentina y se despertaba de los micro sueños. Tras un sueñecito y otro, escribía en los pósits. Intentaba leer esas notas, abalanzando mi cuerpo hacia él, como intentando buscar acomodo en el asiento. Pero su letra era menuda, muy menuda y mi vista no alcanzaba.

Lo que estaba claro era que cuanto más pasaban los días, más intriga me creaba y, al compás de la intriga, también iba creciendo mi amor.

A la hora del almuerzo, los universitarios íbamos asiduamente a la cafetería de la facultad. Él, sin embargo, nunca lo hacía. Solía comer en los pasillos un bocadillo que se traía de casa, solo, siempre solo y mirando al suelo. Uno de los días, al sentirlo tan aislado, me acerqué a Miroslav para proponerle si quería ser mi compañero en la fiesta que íbamos a realizar los estudiantes. Pasé muchos nervios y noté los latidos desbocados en mis sienes. Su respuesta "No, no puedo, aunque me gustaría mucho" me dejó descolocada, desconcertada, con ilusión por el "aunque me gustaría mucho" y todavía más pensativa. ¿Qué ocupaciones tendría? ¿Cuáles? Para esa fecha, la mayoría de los chicos seguramente solo se iban a preocupar de cómo ligar con la chica de sus ojos, y las chicas, qué vestido elegir y qué maquillaje para resultar más atractivas en la fiesta. ¿Y Miroslav? ¿Por qué estaba tan alejado de nuestro mundo universitario? ¿Por qué no se integraba? ¿Por qué?

Un día, en la clase de Embriología, mientras el profesor explicaba la embriogénesis, Miroslav se quedó dormido. No se trataba de un micro sueño, era un sueño más extenso y

profundo. Cuando noté que sus ojos se movían de manera aleatoria y rápida, como en la fase REM, aproveché para apropiarme de tres pósitos que sobresalían de las páginas del libro. No se trataba de un robo, pensé, porque para nada estaba utilizando la fuerza o intimidación, simplemente era un “sustraer” esos adhesivos para saciar mi avidez de saber de él porque lo amaba. En los pósitos había escrito: “Comprar los potitos de pollo con verduras para Vladimir”. “Betadine para la herida de Dominique”. “Repartir los paquetes en el Polígono del Guadalquivir”. Al leerlos, se me amontonaron un montón de preguntas: ¿los potitos a Vladimir?, ¿Betadine para Dominique? ¿Es que Miroslav era padre? ¿Por qué no podría serlo? Me dio un vuelco el corazón y sentí desazón y tristeza. Luego, mi pensamiento voló a otro extremo: ¿Y si apropiarme de los pósitos le acarrearía algún perjuicio? ¿Cómo devolverlos a su sitio? Podría despertarse y al ver mi gesto retirarme la palabra. Por ello, debía pensar qué hacer. Opté por adherirlos en el lomo del libro y dejarlo caer. El ruido lo despertaría. Y así fue. Disimulé y sonó el timbre.

Ese día, él iba a correr, pero yo también. Él cogería en la marquesina el autobús y la peluca de mi cabeza también. El autobús se dirigía al barrio de las Moreras. Me acomodé en los asientos traseros. No debía perderlo de vista para apearme en la misma parada. Conforme nos acercábamos al barrio, el número de viajeros disminuía. Me puse nerviosa al pensar “a ver si vamos a quedarnos solos y me reconoce”. En el trayecto abrió uno de los libros de Biológicas y estudió unos minutos. Sin embargo, yo, con las prisas, no recordaba dónde había dejado mis libros. Pero qué más daba, eso no era ningún problema, mis padres me comprarían otros. La verdad es que estaba fuera de mí. Cerré los ojos para intentar encontrar la tranquilidad en la oscuridad. Los abrí al detenerse el bus. Miroslav se apeó y yo lo hice por los pelos. Lo seguí un buen trecho hasta llegar a uno de los rincones del barrio de las Moreras, a las casitas portátiles de la década de los sesenta. Y allí me quedé pasmada: cuatro chavalillos salieron a su encuentro y se agarraban a sus manos y a sus perneras. Escuché, “Qué tal tato”, “Bien Vladi, te traigo los potitos. ¿Y tú, Dominique? ¿Cómo va tu herida? Vamos a curarla que siempre andas a vueltas con la tierra y puedes coger una infección”. Los otros, más mayores, le preguntaban qué tal en la facultad y le decían que le habían cargado los paquetes en la furgoneta para que los llevara al Polígono del Guadalquivir. “¿Y mamá? ¿ya ha llegado del trabajo? Vamos a prepararle la cena. Desde que nos dejó papá, debemos quererla más”.

Aquella imagen y aquellas palabras me produjeron un nudo sensible en la garganta. Ese día recibí la lección más magistral de mi vida. Muchos universitarios éramos hijos de papá, mimados y consentidos, gratificados con buenos regalos por nuestros estudios. Y otros, como Miroslav, iban adquiriendo cultura con mucho esfuerzo, trabajando, cuidando hermanos...

A partir de entonces, nació en mí el nuevo concepto de ser universitaria.